

Lo pensaría, y dos días después, cuando le tocara trabajar en casa de él, vería cómo iba a encarar el asunto.

Sara no dudó que la lengua de Abraham no iba a callar su falta, y torpemente, señalando al simiesco personaje, dijo a Acuña que la atenaceaba con sus preguntas:

—Aquel... mi padre... Déjeme ir... Sí... Veré... Bueno... Adiós...

Cuando subió al coche que ponía Acuña a su disposición, oyó que le decía, nervioso, demudado como nunca lo había visto:

—Si no te decides a venir conmigo mañana para siempre, no me busques; no me verás más...

Y cuando el coche partió, quedó convencido de que si la judía no acudía a la cita, partiría solo... Pero, ¿a dónde y para qué?

Esa noche Sara se acostó sin cenar. Al día siguiente la madre la despertó temprano. Era día de compras para Jacobo y tenía que atender la sastrería.

Pasó en continua agitación la jornada, viendo en cada cliente que entraba, al sastre, que venía a denunciarla ante su padre.

En ese estado de ánimo la sorprendió Jacobo con su declaración, aquella tarde en que le presentamos satisfecho por los negocios realizados.

El terrible dilema estaba frente a su vida. La necesidad de decidirse le descubría la verdad cruel. De irse, no tendría que volver más. Y, lejos de aquella casa fea, sucia, llena de viejo, y todo, pero con grandes afectos para ella; saturada de confianza y paz para su espíritu, ¿no se arrepentiría?

Insinuante susurraba Acuña a sus oídos: — Vamos lejos, unidos por el afecto, a confundirnos en la alegría de la vida, por los senderos de luz, donde habita el amor. — Y Jacobo replicaba:

—Quédate. Mis viejos trapos serán la llave de oro que nos abrirá el mundo del ensueño. Cierra los ojos hasta entonces y enfángate en la vida..., pero quédate...